

# Los palenques. Reductos libertarios en la sociedad colonial

Inicio // Biografía // Cronología // Obra // Textos

Los palenques. Reductos libertarios en la sociedad colonial

María Cristina Navarrete P.

Ideas  
preliminares

El hecho de huir de la tutela de los amos fue una expresión de resistencia que se hizo efectiva cuando los esclavos fugitivos lograron constituir palenques, especies de poblados fortificados en lugares agrestes. Este fenómeno fue más virulento en unas épocas que en otras y con mayor o menor intensidad, dependiendo de los lugares y las circunstancias, pero constante, a lo largo de los siglos coloniales y permanente, mientras duró la esclavitud.

Este artículo tiene como propósito dar una mirada retrospectiva al proceso de cimarronaje y a la formación de palenques en los territorios de las provincias que conformarían el territorio colombiano, particularmente, en aquellas donde el fenómeno tuvo características sobresalientes y en los que la documentación ofrece mayores luces. El proceso se inició en el siglo XVI pero fue en el XVII cuando tuvo expresiones violentas, debido a las guerras organizadas contra los palenques. El énfasis temporal del artículo se sitúa en estos dos siglos y el espacial, en la provincia de Cartagena, especialmente.

Son pocos los estudios que en relación con el proceso de formación de palenques por los esclavos fugitivos que abandonaban las estancias agrícolas, los reales de minas y las casas señoriales, se han realizado en Colombia. Desde una perspectiva antropológica, el primero en dar luces y sacar al conocimiento de la comunidad académica el asunto de los palenques fue Aquiles Escalante con sus "Notas sobre el palenque de San Basilio", un artículo publicado en 1954. Desde ese momento, antropólogos, historiadores y lingüistas quedaron advertidos sobre las posibilidades de investigación que ofrecía esta comunidad de descendientes de palenqueros. Aunque los datos de Aquiles Escalante no se basan en fuentes primarias, lo que crea cierta incertidumbre sobre sus afirmaciones, sí constituyen un punto de partida en el estudio de esta temática.

El libro más importante, desde el enfoque de recopilación documental es el de Roberto Arrázola, Palenque Primer Pueblo Libre de América, publicado en 1970. Por sus características se convirtió en una verdadera fuente primaria para el estudio histórico de los palenques de la provincia de Cartagena, específicamente, en el siglo XVII. El libro es un compendio de documentos sobre las luchas contra los cimarrones que reposan en el Archivo General de Indias, en Sevilla. Existe certeza sobre la procedencia de la documentación aunque ésta carece de su ordenamiento archivístico.

En el año de 1973, la Escuela de Estudios Hispano-Americanos publicó la tesina de María del Carmen Borrego Plá bajo el título: Palenques de Negros en Cartagena de Indias a Fines del Siglo XVII. En este libro, la historiadora de nacionalidad española, pone de manifiesto el problema que significó para los habitantes de la provincia de Cartagena los asedios de los cimarrones y la existencia de palenques. El texto ilustra en detalle los incidentes que llevaron a las autoridades de la provincia a la persecución de los palenques, en las últimas dos décadas del siglo XVII, hasta casi su total extinción. Los documentos del Archivo General de Indias constituyeron la base fundamental sobre la cual la autora construye el relato. Se trata de un texto descriptivo con información abundante que recrea el proceso de debelamiento de los palenques de las Sierras de María.

Otros trabajos sobre esta temática han sido expuestos en artículos y conferencias por la historiadora norteamericana Jane Landers, como parte de una investigación más amplia sobre los cimarrones del Caribe. Asimismo, existen trabajos académicos de gran valor sobre el palenque de San Basilio, desde la antropología, de Nina de Friedemann cuya noción de "invisibilidad" es central en su obra, así como el concepto de "huellas de africana" para afirmar el aporte africano a la historia colombiana. Igualmente, desde la lingüística merecen especial mención los trabajos de Carlos Patiño Roselli.

La existencia de esclavos cimarrones y de palenques se evidencia a través de la documentación primaria que reposa en diversos archivos. En España, en el Archivo General de Indias de Sevilla y en el Histórico Nacional de Madrid; en Colombia, en el Archivo General de la Nación y con menor frecuencia en el Central del Cauca y en el Histórico de Cali. Estas fuentes primarias hicieron posible reconstruir una visión histórica de lo que fue el proceso de formación de palenques en el siglo XVII, que es lo que se pretende en este artículo.

Cuando un número significativo de esclavos conseguía ponerse de acuerdo en sus intenciones de escapar y después de superar las dificultades de la fuga, buscaba la forma de refugiarse en espacios de geografía difícil aunque con posibilidades de sobrevivencia, no muy distantes de las estancias agrícolas, para constituir palenques, reductos de libertad.

La legislación que gobernaba el comportamiento de los esclavos negros fue bastante restrictiva. Huir de la tutela de los amos fue considerada una grave ofensa para la que existían castigos severos. Un crimen peor que éste fue el hecho de unirse a otros esclavos fugitivos para refugiarse en espacios apartados con la intención de lograr la libertad. Tanto las autoridades metropolitanas como las coloniales preveían una legislación que indicaba la forma como los cimarrones debían ser perseguidos, capturados y castigados.

De acuerdo con Anthony McFarlane, los esclavos prófugos pueden ser agrupados en dos categorías: la primera, conformada por los esclavos que huían, temporalmente, individual o colectivamente, en un intento por regular, mejorar o cambiar el trato que recibían dentro de la esclavitud. La segunda, constituida por los esclavos que individualmente o en grupos escapaban permanentemente de la esclavitud. Aspiraban a una ruptura total con el cautiverio y a la conformación, con otros fugitivos, de comunidades autónomas.

Según este autor, las fugas de los esclavos no siempre tenían como objetivo lograr la libertad; lo que deseaban era conservar algunas franquicias dentro de la esclavitud, por ejemplo, que se les permitiera trabajar, estar adecuadamente vestidos y alimentados, tener algunas facilidades de movimiento y las posibilidades de participar en la economía de mercado. Un grupo de cimarrones perteneciente a la Corona argumentaba su escape diciendo que el administrador había despojado de sus días de fiesta a los esclavos, impedía cultivar productos agrícolas y no cumplía con la entrega de raciones de carne y vestuario. (1)

Sin duda alguna, los severos castigos infringidos por los propietarios impulsaban a los esclavos y esclavas a huir de su dominio. Las amenazas, las ofensas y las sanciones corporales los forzaban a escapar a los montes buscando el encuentro con algún fugitivo ya establecido o con palenques apartados. Juan Arará, un esclavo capturado junto con otros por encontrarse cimarrón, declaró ante el alcalde de la hermandad de Mompox que mientras andaba en el monte cerca al río Magdalena "solo con Dios sin que le acompañase otro negro ni supiese de palenques" se encontró con Susana, de nación angola, esclava del regidor Alonso Esteban Ortiz,

la cual estaba llorosa y este declarante la procuró que qué tenía y le dijo que se había huído de su amo porque su señora doña Eufrasia la castigaba mucho, la cual iba lastimada de las nalgas de los azotes, con llagas, y este declarante le dijo que él la llevaría a donde pudiesen estar ambos huídos sin que los viese nadie y así lo hizo, llevándola a la parte donde este declarante tenía su asistencia... (2)

Cuando las condiciones de vida eran deplorables, es decir, no se les proveía de adecuada vivienda, se faltaba a la dotación de vestuario y la escasez de alimento era frecuente, los esclavos se veían impulsados a escapar lejos de la tutela de sus amos y

aventurarse en una vida en libertad. Igualmente, la separación de los hijos causaba aflicción a las madres que optaban por huir con sus críos. El temor a abandonar la tierra de nacimiento o en la que habían vivido a pesar de la esclavitud, el tener que dejar a los amigos y parientes incitaba a los esclavos a fugarse. Por estas razones, Nicolás un mulato criollo de la tierra adentro, de unos cuarenta años, esclavo de doña Francisca Bautista, declaró ante el gobernador de la provincia de Cartagena, que había huido de la custodia de su ama porque ésta le había dicho que le quería embarcar para Cuba. (3) Cuando el castigo y el terror se unieron a las malas condiciones de trabajo, los motivos para escapar aumentaron.

Sin embargo, todas estas intenciones fueron sólo razones que impulsaron a la fuga, en el fondo existía una causa más profunda relacionada con el vivo interés de encontrar un refugio para vivir en libertad y de constituirse en partícipes con otros en la creación de poblados en donde pudieran llevar una vida en comunidad autónoma. Los cimarrones eran conscientes del sacrificio que esto implicaba puesto que los palenques se vieron expuestos a constantes asedios por parte de las autoridades, al punto que en ciertos períodos se convirtieron en verdaderas guerras de persecución y exterminio.

Primeras manifestaciones libertarias

Desde 1540, empiezan a producirse cédulas referentes al problema de los cimarrones en la provincia de Cartagena. En ese entonces la Corona manifiesta haber sido informada de la gran cantidad de esclavos negros que permanecía fugitiva y alzada en los montes, causando daños a los naturales; proveía que, para que retornaran a sus amos, el único remedio era el perdón. Ordenaron pregonar que todos los alzados que volvieran a sus dueños serían perdonados de cualquier culpa y pena en que hubieran incurrido. El problema de los cimarrones ya empezaba a hacer sus manifestaciones, no obstante, es notoria la actitud benevolente de los reyes. En ese momento, no podía vislumbrarse la dimensión que el problema iría a tomar en los años sucesivos.

Sin embargo, ya para 1568, las provisiones contra los esclavos fugitivos se habían tornado drásticas y rigurosas lo cual evidenciaba los problemas que causaban a sus propietarios y a los vecinos en general con los desmanes a las villas, las estancias y los hatos. En la ciudad de Santiago de Cali, don Gregorio de Astigarreta, vecino de la ciudad, hizo relación a la Audiencia y Cancillería real de la ciudad de Quito de cómo a Cali entraron en ese año más de doscientos esclavos negros fugitivos, número que cada día se acrecentaba amotinándose y huyendo del servicio de sus amos, salteando caminos.

Según Astigarreta todo esto se podría remediar si se aplicaba un riguroso castigo tal como se hacía en el

reino del Perú y en el Nuevo Reino de Granada. Este castigo consistía en cortar el miembro genital si el esclavo se ausentaba de su amo por diez días. Esto traería paz a la tierra, quietud y seguridad a los vasallos, españoles e indios y evitaría que ocurriera lo que había acontecido en Panamá y Nombre de Dios, en la provincia de Tierra Firme, donde los esclavos fugitivos se habían congregado.

Decía Astigarreta que era necesario remediar el problema antes que sucedieran peores daños. Como a él se le habían escapado algunos esclavos que le habían costado gran cantidad de dinero y tenía en su propiedad otros muchos, temía que se levantaran al saber que no tenían castigo. Por ésto suplicó se le mandara una real provisión para la gobernación de Popayán. El presidente y oidores de la Real Audiencia de Quito acordaron enviar real provisión con estas disposiciones para que el cabildo de la ciudad de Cali platicara sobre ello y se expidieran las ordenanzas que convinieran al servicio de la tierra. Dada en Quito el 20 de mayo de 1568. (4)

En ese mismo año, en el mes de agosto, se trató en el cabildo de Santiago de Cali, el hecho de que por el puerto de Buenaventura entraban a la gobernación cantidad de esclavos, entre ellos muchos criollos y otros que se traían de diferentes partes los cuales se recibían en la ciudad. Convenía poner remedio a este problema porque éstos huían a los montes y causaban notables daños a los naturales de estas provincias; por estas razones ordenaron al alcaide de Buenaventura que cuando viniere algún barco o navío con esclavos negros y entraren al puerto, averiguara si entre ellos venían negros criollos, desterrados o castigados en otras partes. Mandaron que no les consintiera poner pie en tierra ni desembarcar, antes bien, los hiciera volver a los lugares de donde provenían. (5)

Por su parte, en la década de 1570, el cabildo de la ciudad de Cartagena comenzó a reglamentar el asunto de los cimarrones en una serie de ordenanzas para impedir el incremento del problema. Entre las varias disposiciones se ordenó que las personas que tuvieran esclavos fugitivos debían manifestar sus nombres ante el escribano del cabildo. El esclavo que permaneciera ausente por quince días se haría merecedor al castigo de cien azotes y si no retornaba en un mes al servicio de sus amos, le sería cortado el miembro genital.

La provincia de Cartagena gozaba de condiciones orográficas que favorecían la huida de los esclavos. Se caracterizaba por la existencia de alturas que, aunque bajas, beneficiaban el asentamiento de cimarrones por lo tupido del terreno y las dificultades de penetración. Las sierras de Luruaco y las de María estaban entre éstas. Más al sur, entre los ríos Magdalena y Nechí, se hallaba la serranía de San Lucas, igualmente, reducto de cimarrones, favorecido por las arenas auríferas que arrastraban los ríos y que servían como fuente de ingreso para intercambios y trueques de los apalencados, con las estancias agrícolas de los alrededores.

ausente de las provincias del interior, específicamente de la de Popayán ni de la meseta andina, pues donde quiera que hubiera esclavos había brotes de cimarronismo, aún en áreas y poblaciones donde podría presumirse que había poca población negra por la abundancia de población indígena.

En reunión que los miembros del cabildo de la ciudad de Cali realizaron en abril de 1575 proveyeron, entre otras cosas, que ninguna negra ni negro horros tuvieran casa a la redonda de esta ciudad y los que las tuvieran las vendieran en breve término porque en ellas los susodichos encubrían otros esclavos negros y negras que se huían del servicio de sus amos escondiéndolos por mucho tiempo. Todo lo cual se constituía en gran perjuicio y daño para las personas que poseían esclavos en la ciudad. Además, argumentaba el cabildo, los horros encubrían ladrones y hurtos que se cometían lo que se solucionaría si se destruían las ladroneras que tenían en esas casas.(6)

En diciembre de 1580, se tenía conocimiento de brotes de cimarronaje y de rebeliones de esclavos negros en la gobernación de Popayán, específicamente en los alrededores de la ciudad de Santiago de Cali. Esclavos negros asediaban los caminos reales de las cercanías de la ciudad de Cali, asaltaban y robaban a la gente que circulaba por los pasos y caminos causando graves daños. En tiempos del gobernador de Popayán don Alvaro de Mendoza Carvajal nombró al capitán Francisco Redondo, vecino de la ciudad de Santiago de Cali, para que tomara a su cargo el castigo y allanamiento de los esclavos negros que andaban alzados, como en efecto sucedió, dejando los caminos asegurados en beneficio de la gobernación y del rey. Varios vecinos fueron testigos de cómo el capitán Redondo entró a la ciudad con los esclavos fugitivos. (7)

En la década de 1590, el capitán Joan de Mideros, vecino de la ciudad de Almaguer, en la provincia de Popayán, acudió ante los señores presidente y oidores de la Real Audiencia de Quito solicitando su legitimación y la concesión de cargos honrosos y dos mil pesos de renta. El capitán argumentaba su solicitud enumerando las empresas en las cuales había participado: la conquista y pacificación del valle de Iscance, los castigos a los indios pijaos y toribíos y la pacificación de muchos esclavos negros que se encontraban alzados y se habían metido en el valle del Patía, en el sitio de la Matarredonda, desde donde hacían graves daños a los naturales y a los pasajeros. Aseguraba el capitán haber prendido la mayoría de los cimarrones, hecho justicia en algunos de ellos y reducido a los demás. En otra ocasión había ido, con gente pagada a su costa, a perseguir otros esclavos que se encontraban en rebelión. Muchos fueron aprehendidos y castigados. (8)

Por esa época se sucedían malestares de esclavos cimarrones y levantiscos en la meseta andina central. En 1585, el presidente y oidores de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada hicieron saber al alcalde mayor de Cajicá, Diego de Maldonado, de los informes que habían recibido de que un indio había sido hallado asesinado en el camino de Muzo, se sospechaba que en el incidente estaban envueltos esclavos cimarrones. Por su parte, el capellán del pueblo de Susa, Juan de Valvueda, dirigió misiva a la

Real Audiencia informando que los indios de este pueblo habían encontrado muertos a un indio, una india y un muchacho en cercanías de la población, de los que se decía habían sido asesinados por esclavos que andaban cimarrones. (9)

Desde el último cuarto del siglo XVI, los cimarrones de la región aurífera del río Nechí y el bajo Porce comenzaron a desafiar la dominación de sus amos huyendo de las cuadrillas de trabajo minero e instalándose en diversos sitios, asediando las rancherías y manteniendo trato comercial con los mercaderes de los que se suplían sus amos de quienes se habían liberado.

La vegetación tupida de los montes cercanos a las minas de Zaragoza y Remedios, en la provincia de Antioquia, en donde se concentraba una gran cantidad de esclavos negros dedicada al trabajo de las minas de oro, atraía a la población esclava de las rancherías mineras. El levantamiento de los esclavos de minas y su fortificación en palenques era un problema vigente en los reales de minas de Zaragoza y Remedios, en 1597.

Los miembros de la Real Audiencia, ante noticias que les llegaban de la rebelión, ordenaron reunir toda la pólvora, plomo y cuerda que se pudiera conseguir para enviarla a Zaragoza. Este mismo procedimiento se siguió para Remedios. El Consejo de Indias también estuvo informado de los acontecimientos y recomendó "reducir los negros a paz por los medios que conviene y fueren más a propósito, teniendo buena correspondencia con el gobernador de aquella tierra", para tal efecto, de la armada de la avería, se entregarían cincuenta quintales de pólvora, cien mosquetes, otros tantos arcabuces y alguna cuerda.(10)

El cronista Antonio Vásquez de Espinosa dio cuenta en su Compendio y Descripción de las Indias Occidentales, de la gran rebelión de esclavos que tuvo lugar en las minas de Zaragoza. El cronista dice que en 1598, se alzaron muchos esclavos, desampararon las minas, mataron a los mineros, a algunos de los amos, se fortificaron en los palenques y tomaron las armas con la intención de acabar y destruir a los españoles. El alzamiento fue finalmente dominado por las tropas reales después de un año de intentos.(11)

Rafael Antonio Díaz en su libro Esclavitud, Región y Ciudad, cita un documento que da testimonio del gran número de "negros" que andaba alzado, inquietando y desasosegando a la ciudad de Zaragoza y su comarca con grandes robos y muertes, procurando levantar los ánimos de los otros esclavos; por esa misma zona existía un territorio conocido como las "rancherías de Guinea" que se había constituido como un refugio de esclavos dedicados a la agricultura del que se decía contaba con más de trescientos cimarrones.(12)

En el año de 1607, en la ciudad de Nuestra Señora de los Remedios, región minera antioqueña, ocurrió un levantamiento de esclavos negros que estuvo a punto de trastocar la situación socioeconómica de una de las zonas más importantes de producción de metal de oro de la época. Fray Pedro Simón se refiere a la riqueza aurífera de la zona diciendo que "sacaban en la arena el oro a puñadas, como granos de trigo y garbanzos..." (13)  
Asegura que para 1596, había en dicha ciudad unos dos mil esclavos negros repartidos entre veinte españoles.

La gravedad del levantamiento de Remedios estribaba en tres hechos fundamentales: la paralización de la producción minera, el peligro de que el ejemplo cundiera a otros esclavos y los graves trastornos que causaba en las vías de comunicación. Los esclavos fugitivos estaban favorecidos por la vegetación espesa de esta zona que los amparaba e impedía su persecución. El presidente de la Audiencia de Santa Fe informó al Rey, en 1608, sobre el levantamiento de los esclavos de Remedios explicando cómo los negros se habían alzado y huido a las montañas, desde donde convocaban a otros para que hicieran lo mismo. Habían formado una tropa que atacaba los caminos reales causando perjuicios en el comercio y en la labor de las minas.

Paralelamente, el problema de los cimarrones se acrecentaba en la provincia de Cartagena. Esta cuestión mantuvo en vilo a la población y a las autoridades en alerta ya que impedía el normal desenvolvimiento del comercio, hostigando el transporte y la navegación por el río Magdalena y porque se temía que los cimarrones de Cartagena se unieran a los de Panamá y se aliaran con los piratas extranjeros que infestaban el Caribe.

La rebelión del rey de la Matuna

Siendo gobernador de la provincia de Cartagena don Jerónimo de Suazo Casasola, Domingo Biohó, mejor conocido por la tradición como Benkos Biohó, al mando de treinta esclavas y esclavos negros logró derrotar a quienes le perseguían y se introdujo en el arcabuco (14) de la ciénaga de la Matuna, al sur de la villa de Tolú. Los continuos asaltos y robos de estos cimarrones a las estancias agrícolas, hatos, sementeras y canoas dieron al traste con la tranquilidad de los vecinos de Cartagena, Tolú, Mompo y Tenerife.

Domingo Biohó era un esclavo originario de Guinea, en una de sus incursiones como fugitivo, por el territorio de la provincia de Cartagena halló un espacio para establecer un poblado y atrincheró su población con palizadas, constituyendo el palenque de la Matuna.



Dice fray Pedro Simón que debido a los malos tratamientos que Juan Gómez, vecino de la ciudad de Cartagena, propinaba a Domingo Biohó y a otros de sus esclavos, éste tuvo el arrojo de iniciar un alzamiento de cimarrones. Según el cronista, Domingo Biohó era "tan brioso, valiente y atrevido que tuvo alientos para huirse de casa de su amo y llevar consigo a otros cuatro negros, a su mujer y tres negras, todos de su amo" que junto con los esclavos de Juan Palacios formaron un grupo de treinta. Se asentaron en la ciénaga y el arcabuco de la Matuna, no lejos de la villa de Tolú. (15)

Hacia este paraje salieron en su búsqueda: Juan Gómez, Juan Palacios, Diego Torres, alcalde de la santa hermandad, cuatro soldados, tres indios del pueblo de Bahaire, un flechero negro y otros soldados, hasta formar un grupo de dieciséis o veinte. La idea de Juan Gómez era la de no matar a sus esclavos porque creía que cuando le vieran se rendirían. Pero sucedió todo lo contrario, porque cuando los cimarrones se dieron cuenta de la presencia de sus perseguidores atacaron furiosamente y mataron a Juan Gómez. El resto se devolvió a la ciudad a dar cuenta de los sucesos.

Por ese entonces, Domingo Biohó se había constituido en cabeza de los cimarrones, haciéndose llamar "rey del arcabuco" o "rey de la Matuna". El gobernador de la provincia temeroso de que la revuelta tomase fuerza envió una nueva milicia. En esa ocasión, lo único que hicieron los soldados fue enterrar los cuerpos de Juan Gómez y sus compañeros y retornar a la ciudad.

Para 1603, el palenque de la Matuna estaba formalmente constituido y las destrucciones, robos y asaltos de los cimarrones aumentaban copiosamente. Nadie por aquel entonces se sentía seguro en la ciudad de Cartagena ni en las estancias, hatos y sementeras. Los cimarrones se habían fortificado en la ciénaga y habían construido un fuerte de madera, en medio de ciénagas y caños.

En varias ocasiones el gobernador armó milicias de hasta doscientos cincuenta hombres con la intención de destruir el palenque. Después de infructuosos intentos, porque los cimarrones volvían a poblarlo y a reunir su gente, decidió buscar una solución pacífica.

Una comisión fue enviada a conversar con Domingo Biohó con el fin de terminar la guerra y las desgracias que causaban los cimarrones. Domingo Biohó accedió a dejar la guerra con la condición de que el gobernador a nombre del rey perdonase la vida de los cimarrones. El gobernador Suazo tuvo que aceptar el cese de hostilidades a cambio de reconocer la existencia del palenque y la autoridad de Domingo Biohó.

Este acuerdo de paz tuvo sus altibajos. Los cimarrones consideraban violadas sus propuestas e intentaban nuevas escaramuzas contra la ciudad y los vecinos. Así llegaron los años de 1612 y 1613, hasta que el sucesor en la gobernación Diego Fernández de Velasco, se dio a la tarea de buscar soluciones pacíficas. Se les concedieron algunas prerrogativas a los pobladores del palenque de la Matuna que consiguieron licencia para entrar y salir de la ciudad de Cartagena con su capitán Domingo Biohó, como en realidad lo hacía a cualquier hora. Se le permitió vestir a la española con espada y daga dorada. Dice fray Pedro Simón que éste "andaba con tanta arrogancia que demás de andar bien vestido a la española, con espada y daga dorada, trataba su persona como gran caballero". (16)

Una noche de 1619, en una de sus entradas a la ciudad, tuvo un enfrentamiento con la guardia y fue hecho prisionero. Fue llevado ante el gobernador García de Girón quien después de un rápido juicio lo mandó ajusticiar y murió ahorcado. Así terminó una de las gestas más notables de la lucha de los cimarrones por su libertad.

Después de la revuelta de Domingo Biohó y la tregua de paz que se mantuvo por algunos años, hasta la muerte del caudillo en 1619, las acciones de los cimarrones volvieron a estar a la orden del día. Los conflictos con los cimarrones seguían vigentes en 1631.

Las guerras contra los cimarrones del siglo XVII

Siendo gobernador de la provincia de Cartagena, Francisco de Murga dio informe detallado a su majestad de la destrucción de un palenque hallado en el distrito de Usiacurí. Se trataba de un palenque construido en unas montañas y arcabucos a espaldas del río grande de la Magdalena.

No se presentaron enfrentamientos porque los cimarrones abandonaron el poblado al que los soldados encontraron vacío con cinco grandes bohíos, sementeras de arroz y maíz, frutos frescos, calabazas, hicoetas y lechones. El lugar era montañoso aunque cercano al río Magdalena por donde podían huir fácilmente las barcazas.

Las fuerzas que envió el gobernador, como en diversas circunstancias, lo único que hicieron fue quemarles las chozas y los sembrados y advertirles a los indios de no negociar con ellos. Las autoridades eran conscientes de que los cimarrones se habían fugado y seguramente habían establecido caserío en otros lugares sin que se tuviera conocimiento de su localización.(17)

En 1633, se tenía conocimiento de la existencia de tres palenques en las sierras de María: Limón, Polín y Sanaguare. Inicialmente, permanecieron sin causar daños y la mayoría de sus pobladores era criolla del lugar. Por lo menos el palenque de Limón debió ser fundado desde el siglo anterior. Según el gobernador Murga, los cimarrones del palenque de Limón, tenían por reina a una mujer negra llamada Leonor, "por las ambiciones y discordias de algunos negros criollos que pretendían serlo". En ocasiones, la llamaban capitana. La reina acudía a todos los ataques con su gente.

El año siguiente, los ataques de los cimarrones de estos palenques sobre la ciudad de Cartagena se hicieron más severos. Habían quemado las estancias agrarias vecinas, los caseríos y obrajes; asesinado gran cantidad de españoles y pasado a cuchillo a los indios de un pueblo; llevaban por la fuerza a otros esclavos y mataban a los mayordomos y a los vecinos que se les resistían.

Además de todo lo anterior, los cimarrones se habían tomado el camino por donde se trasladaba el ganado vacuno para el abasto de Cartagena sin dejarlo pasar. Se tenían noticias de que los cimarrones planeaban impedir el paso de la barranca por donde se realizaba la comunicación con el Nuevo Reino de Granada, lo cual causaría un gravísimo perjuicio al comercio.

Ante estas circunstancias el gobernador Murga hizo junta de vecinos, previno a la gente de guerra y con quinientos hombres atacaron los palenques. Varios cimarrones fueron aprehendidos y llevados a la ciudad de Cartagena para recibir sus declaraciones y aplicar en ellos "ejemplar castigo". Varios de ellos fueron interrogados, todos coincidieron en afirmar que algunos blancos de las estancias tenían correspondencia con los cimarrones del palenque y les daban tabaco, herramientas y otras cosas a cambio de lo cual acudían a laborar en las rozas y a diferentes trabajos en la hacienda. Comercian las mantas de algodón que hacían en el palenque a cambio de hachas, machetes, cuchillos y tabaco.

También comerciaban con los indios de los pueblos cercanos. Con ellos negociaban gallinas, mantas y fajas que se tejían en el palenque, las que trocaban por tabaco, sal y camisas.

Debido a las actuaciones del gobernador Francisco de Murga quien había "traído la paz a la provincia e impartido ejemplar justicia", los miembros del cabildo y vecinos principales, en agradecimiento, escribieron una misiva al rey en la que manifestaban el deseo de la ciudad de mostrarse agradecida y suplicaban se le honrase y gratificase. (18)

Por su parte, en la provincia de Santa Marta acontecían problemas con los cimarrones en la década de 1630. A

finales de ésta, el alcalde de la hermandad de Mompox, Gregorio Alvarez de Cepeda, se internó en los montes de la banda del río, en la provincia de Santa Marta, ante la noticia de que en ese territorio se encontraban instalados grupos de cimarrones en palenques. Con el apoyo de soldados, milicianos negros e indígenas cogió catorce piezas. Uno de ellos fue ahorcado por ser cimarrón muy antiguo y cabecilla del palenque.

Otros de los aprehendidos fueron llevados hasta la villa de Mompox donde se les tomaron declaraciones. Gracias a éstas pudo constatarse que en la banda de Santa Marta había por lo menos tres palenques: uno de ellos llamado Tapia, otro, Guaimaral. (19)

Para finales del siglo XVII existía una zozobra en la provincia de Cartagena por el temor a que hubiese una conjuración entre los esclavos de la ciudad y los de los palenques. Asimismo, las autoridades veían en los cimarrones a posibles aliados de los enemigos extranjeros que intentaran penetrar por los puertos.

En 1684, el gobernador Juan Pando de Estrada envió a Bartolomé Narváez a destruir los palenques ubicados en las sierras de María pero con la idea de intentar negociaciones antes de usar la fuerza. El gobernador se comprometía a concederles la libertad a todos los cimarrones criollos del monte y a concederles un espacio para su poblamiento. A su vez, éstos se comprometerían a devolver los esclavos que habían huido de la ciudad, con la garantía de que no serían castigados por sus dueños.

Bartolomé Narváez partió hacia uno de los palenques cuyo jefe era Domingo Criollo. Este aceptó las condiciones pero cuando iba a entregar a los bozales éstos huyeron. Ante esta situación y al no encontrar otros palenques, Narváez regresó a Cartagena.

En 1688 se suscitó un conflicto de poderes. La Corona expidió una real cédula en la que propugnaba por el uso de la fuerza contra los cimarrones y la Real Audiencia despachó una real provisión en la que se manifestaba a favor de una solución pacífica. Esto causó divisiones entre las autoridades civiles y algunos clérigos como el padre Miguel del Toro a quien se le había encomendado el adoctrinamiento de los cimarrones y sus buenas gestiones para reducirlos a la paz.

Para mayor confusión, en

1690, el padre Baltasar de la Fuente, cura doctrinero de Turbaco, en la provincia de Cartagena, escribió un memorial al Consejo de Indias haciéndose vocero de los cimarrones que le habían manifestado su intención de paz. El Consejo de Indias se hizo eco de las proposiciones expuestas en el memorial y pensaba que Baltasar de la Fuente sería el más indicado para la reducción pacífica de los cimarrones. Esta idea tomó cuerpo en una real cédula de 1691, en la que se ordenaba al gobernador anular la cédula de 1688 puesto que los cimarrones querían someterse voluntariamente a la Corona y a la iglesia y no habría necesidad de usar la fuerza. (20)

Paralelamente, los ánimos de los vecinos y regidores de Cartagena se enardecían. En varios cabildos pidieron al gobernador que no cumpliera la cédula y tomara las armas contra los cimarrones de las sierras de María y demás palenques de la provincia. Fue así como el gobernador consideró la posibilidad de atacar y destruir a los palenques. Se empezaría por el de Tabacal, por otro nombre Matudere, ubicado en las sierras de Luruaco, por ser sus pobladores los que cometían más desmanes y por no mencionarse en las órdenes de su majestad. Después se procedería contra los otros.

Las operaciones contra el palenque dieron resultados, para las autoridades provinciales y cuarenta y ocho cimarrones fueron remitidos a Cartagena y muchos de ellos sometidos a interrogatorio. Por las declaraciones de Domingo Padilla, jefe y fundador del palenque se supo que hacía doce años que él, su mujer y tres hijos habían escapado de la esclavitud; pasaron alrededor de seis meses en el monte en chozas de ramas; después se trasladaron a un otro lugar donde construyeron dos bohíos. Posteriormente, se movieron hasta un sitio llamado Matudere, donde se encontraban alrededor de cincuenta y cuatro hombres y cuarenta mujeres que vivían en chozas. Dice Jane Landers que es probable que aunque Padilla y su mujer se consideraban fundadores del palenque, en realidad lo que hicieron fue organizar un establecimiento preexistente. (21) Sin embargo, la documentación que contiene las declaraciones de Domingo Padilla da fe del proceso de constitución de un poblado a partir del domicilio que erigió Padilla con su familia.

Catorce cimarrones de los más aguerridos en la defensa del palenque Matudere fueron pasados por las armas y ahorcados en la plaza del matadero, incluyendo a su dirigente Domingo Padilla cuyas partes de su cuerpo mutilado fueron exhibidas por los caminos, como castigo ejemplar. Los demás cimarrones aprehendidos fueron condenados a sufrir pena de azotes, paseados por las calles de la ciudad y entregados a sus amos para ser vendidos fuera del Nuevo Reino de Granada.

Las guerras de persecución y destrucción de los palenques continuaron en 1694. El gobernador interino marchó al frente de una tropa en dirección al palenque de San Miguel, que era el principal de las sierras de María. Ante el peligro de la embestida del gobernador, los cimarrones se pusieron en fuga y antes de la llegada de las tropas prendieron fuego al palenque. Cuando llegó el gobernador sólo encontró

cuarenta bohíos incendiados.

Como los cimarrones se pasaron a otros palenques, el gobernador siguió en su búsqueda hasta que las tropas lograron destruir el de Duanga y el Arenal. Se aprehendió a Pedro Mina, jefe de guerra del palenque San Miguel y se dio muerte a Domingo Criollo, capitán de los palenques de las sierras de María, cuya cabeza fue remitida a Cartagena para ser exhibida en parte pública. Los cimarrones que no pudieron ser capturados se movieron hacia el sur, al palenque de Norosí en la serranía de San Lucas. Hacia allí se extendió la persecución hasta que finalmente fueron desbaratados y destruidos los palenques más reconocidos. Eso no quiere decir que el problema de los cimarrones hubiese desaparecido pues se tienen indicios de que algunos palenques sobrevivieron y otros se recompusieron.

Mientras todo este proceso tenía lugar, las autoridades demostraron su incapacidad para lidiar con el problema pacíficamente. Cuando la situación con los cimarrones se tornaba insoportable ofrecían conceder prerrogativas y se disponían a treguas y acuerdos de paz, pero la inconsistencia de las autoridades coloniales, los titubeos de las metropolitanas y las presiones de los vecinos, lideradas por los miembros del cabildo, no permitieron que llegaran a un entendimiento que concluyera en una paz definitiva. Sin lugar a dudas las tensiones entre el cabildo y el gobernador provincial fueron dominadas por los regidores quienes, en últimas, fueron los que definieron y llevaron al gobernador a entablar la guerra contra los palenques. Ellos se comprometieron a financiarla con sus aportes sin que el erario público sufriera graves descalabros por esta causa.

Vida cotidiana y formas de organización social en los palenques

Varias generaciones de cimarrones vinieron al mundo en los palenques, a éstos se los conocía como criollos de los palenques, por su nacimiento en los montes. No es exagerado afirmar que el ciclo de vida de estos poblados, con las interrupciones propias de las expediciones y guerras en su contra, pudo haber durado aproximadamente un siglo, desde su constitución a finales del siglo XVI hasta su casi eliminación al terminar el XVII.

Según Richard Price, en los siglos XVI y XVII, los individuos que hacían las veces de dirigentes de los palenques eran generalmente originarios de África. Esto se pudo constatar en Cartagena con Benkos o Domingo Biohó quien se hacía reconocer como "rey del arcabuco". Según Price en el siglo XVIII, los dirigentes cimarrones raras veces afirmaron ser africanos, la mayoría era criolla y tendía a denominarse capitanes, gobernadores, coroneles, en lugar de reyes. (22) En Cartagena, este fenómeno se dio desde el siglo XVII, cuando Domingo Criollo era el capitán de los palenques de las sierras de María y de la Magdalena.

Sobre las formas como los cimarrones se organizaban socialmente en los palenques no es mucho lo que se conoce. Se sabe con certeza que los palenques de las sierras de María sostenían relación con la vida en las estancias y con sus antiguos propietarios. Tenían la costumbre de agruparse de acuerdo con las familias a las cuales pertenecían los primeros cimarrones fugitivos. Era usanza entre los cimarrones que quienes eran esclavos de los mismos amos se trataran como compañeros; solían agruparse y tomar su apellido. De esta forma, las familias de los cimarrones se reconocían por el nombre de sus amos. Cuando llegaba al palenque un esclavo recién escapado, sus pobladores le preguntaban quién era su amo, entonces la familia de aquel dueño lo llevaba a su casa y lo trataba como un nuevo compañero. Cuando arribaron al palenque Duanga en las sierras de María, Ventura, Gaspar Mina y Juan Angola y manifestaron que eran esclavos de doña Teresa Bravo, reconociendo la "negra Pacha" que ésta era su ama, recogió a los tres cimarrones, los agasajó, acarició, reconoció como compañeros y éstos se quedaron a vivir en su casa. (23)

Los cimarrones que se consideraban pertenecer a un mismo propietario no sólo se consideraban compañeros; se trataba de una hermandad. Como decía uno de los cimarrones: "era costumbre en el palenque el conocerse y unirse todos los que pertenecían a un mismo dueño y quererse aún más que hermanos como siempre lo vio éste... porque entre los cimarrones los que son esclavos de una casa se llaman compañeros y se conocen como si fueran hermanos". (24)

Además de estas formas de fraternidad, en los palenques se reconocieron los lazos de parentesco, el linaje, por medio de la consanguinidad. Estos constituyeron el sentido de pertenencia a una parentela y de vínculos familiares. Reconocían a sus hermanos de padre y madre, a sus abuelos, tíos, primos, sobrinos y nietos, según filiaciones de consanguinidad.

Los cimarrones establecieron lazos de fraternidad y formas originales de organización con base en relaciones que fueron elaborando en el contacto con sus congéneres en los palenques. Muchas de éstas se derivaban de los nexos sociales iniciados en la vida de las estancias agrícolas o de las casas señoriales de las villas y ciudades de donde provenían, mucho más que de afiliaciones tribales africanas.

Los palenques del Caribe neogranadino desarrollaron tradiciones sincréticas que amalgamaron elementos africanos con euroamericanos. Sus pobladores eran de orígenes diversos, criollos de la tierra y africanos de diferentes orígenes étnicos. Hubo algunas formas tradicionales africanas de organización social, aunque combinadas con influencias culturales europeas, especialmente, adaptaciones locales. Estos elementos africanos se evidenciaron y son reconocibles.

Fue así como Luisa Malemba y Magdalena Malemba, pertenecientes a una misma "casta" africana, como se expresaba en ese entonces el origen étnico, compañeras de cautiverio y esclavas de doña Juana de Castro, escaparon juntas a uno de los palenques de las sierras de María. Allí se unieron como "mancebas" con Antonio Calenguí, también de casta malemba. Asimismo, María de la O, de casta angola, afirmaba que: "como parienta y de su casta y una propia lengua tenía conversación con el dicho Antonio Calenguí y sus hijos... (25)

El ejemplo anterior evidencia cómo los cimarrones africanos de los palenques procedentes de las mismas comunidades tribales tenían comunicación entre sí y de ser posible se agrupaban de acuerdo a su origen étnico y lingüístico. La casta malemba de Luisa, Magdalena y Antonio pertenece al grupo bantú, al igual que la casta angola de María de la O. Es posible que hablaran la misma lengua o una muy cercana que les permitiera comunicarse entre sí.

Este ejemplo también permite observar una práctica que se dio en los palenques, la poligamia. Aunque es difícil afirmar qué tan frecuente y arraigada estuvo, si es posible decir que tuvo lugar en los palenques. Luisa Malemba y Magdalena Malemba eran "mancebas" a un mismo tiempo y en una misma casa de Antonio Calenguí, tanto fue así que Francisco, nieto de Antonio Calenguí las consideraba a las dos como sus legítimas abuelas.

Los palenques eran especies de poblados, unos de mayor, otros de menor tamaño. Los cimarrones hacían sus casas en forma de chozas, con madera, palma, caña y bejuco que encontraban en los montes. Algunos de los palenques estaban defendidos por fosos difíciles de percibir por tenerlos cuajados de púas venenosas tapadas con una capa de tierra. Esta era una manera de defender el palenque al igual que la inexpugnabilidad del terreno.

El padre Fernando Zapata describía el palenque de San Miguel Arcángel, el más estable e importante de los de las sierras de María, como un poblado grande de unas cuatro cuadras de largo y una de ancho con muchos bohíos y árboles detrás; vigilado por cimarrones de casta mina con armas de fuego. San Miguel se componía de aproximadamente ciento treinta y siete bohíos grandes según los solares que tenía. (26)

Los palenques tenían una economía basada en las sementeras de yuca y maíz; cada cimarrón sembraba su propia cosecha que recogía para el sustento de su familia. En el palenque Tabacal, sus habitantes vivían de la agricultura de roza, cada uno trabajaba el trozo de tierra que le correspondía y el producto era para su parentela



inmediata. Allí se cultivaba fríjol, una especie de papa y plátano. Su capitán decía que los frutos que se producían se gastaban en el mismo palenque. En otros palenques también se cultivaba arroz, calabazas y se criaban aves y lechones en chiqueros.

En el palenque de Limón los hombres se ejercitaban en trabajar sus rozas; había quienes tenían oficios específicos como buscar leña, cargar agua y pilar maíz. En palenques pequeños o recién establecidos los cimarrones debían salir a buscar comida; los hombres de Polín tenían que rebuscarse carne de monte, plátanos y yuca para comer con jicoteas.

En los palenques de las sierras de María, como en las de Luruaco y en los demás palenques había gente de diferentes castas africanas, entre ellas, mina, arará, congo, luango, angola, jolofo, popó, carabalí, bran, biáfara y de otras; además criollos del monte que eran los nacidos en los palenques y criollos escapados, es decir, los fugitivos de haciendas y ciudades. En algunos había mulatos, indios y mestizos. Por lo tanto, los palenques no fueron comunidades homogéneas; representaron una variedad de orígenes africanos con la diversidad cultural que esto implicaba. También representaban diferentes adaptaciones personales a las situaciones locales lo que incluía distintos grados de criollización.

Desde los palenques, los cimarrones salían a comunicarse con la gente de las haciendas del distrito de María. En algunos casos, estas incursiones eran violentas y asesinaban a los propietarios o mayordomos de las estancias. En otras oportunidades, aprovechaban para robar mujeres y llevarlas al palenque. También incursionaban en las villas y ciudades con el mismo propósito.

De igual manera, los cimarrones sostuvieron contacto permanente e intercambio comercial con las estancias de la zona aledaña aunque es difícil determinar qué tan activo, constante y productivo fue este comercio. De las estancias se llevaban noticias de los acontecimientos en la sociedad cartagenera y los esclavos de éstas mantenían informados a los cimarrones de los preparativos de guerra que se gestaban en la capital de la provincia.

En el palenque de Limón se criaban gallinas para intercambiar por otros productos; se fabricaban mantas y fajas de algodón que se tejían y llevaban a comerciar en las estancias y con los indios de los pueblos vecinos. Con el mayordomo de la estancia de Francisco Martín canjeaban mantas de algodón y él les suministraba hachas, machetes, cuchillos, sal y tabaco.

Igualmente, mantenían relación con la ciudad de Cartagena. Algunos cimarrones comisionados por los

capitanes de los palenques llegaban hasta ciertos lugares de la ciudad donde tenían esclavos aliados y a través de ellos conseguían armas y productos. Antes que admitir extraños en el palenque preferían salir hasta las estancias o las villas a hacer sus intercambios o solicitar la compra de lo que necesitaban.

Los palenqueros expresaron respeto hacia los pastores de la iglesia a quienes en ocasiones solicitaron su asistencia. En oportunidades, les sirvieron en las negociaciones de paz. Algunos de ellos eran recibidos con beneplácito en el palenque, aunque esto sucedía esporádicamente. El padre Miguel de Toro hizo iglesia y celebró los sacramentos en el palenque de San Miguel; allí realizó bautizos, matrimonios y enseñó las oraciones a los habitantes de este palenque.

Otro sacerdote, el padre

Fernando Zapata decía que en el palenque San Miguel los cimarrones vivían cristianamente, sabían las oraciones y en su iglesia tenían imágenes de papel. Cuando los sacerdotes no estaban presentes, Diego Biáfara y Francisco Arará, dos de sus pobladores, hacían las veces de preceptores en las ceremonias de la iglesia y estaban a cargo de ella; dirigían a los que vivían en cristiandad con oraciones y entonaban el rosario.

Lo anterior se explica

porque cuando los cimarrones escaparon de las estancias, las villas y las minas llevaron consigo un sistema religioso que ya había tomado forma en esos espacios, con ciertas creencias y rituales basados en la fe católica tomada de los colonizadores españoles.

Los cimarrones, en el mundo

independiente que crearon en los palenques, absorbieron elementos de la cultura hispánica tanto en las formas de organización social como en el aspecto religioso. Uno de los deseos de los cimarrones era tener una capilla en el palenque en donde oficiase para ellos un sacerdote y poder gozar de la asistencia espiritual de éste.

Sin embargo, en el aspecto

religioso como en las formas de organización social, en los palenques se hicieron presentes, cuando las circunstancias lo permitieron, ciertos elementos culturales de origen africano. El padre Baltasar de la Fuente a pesar de que había bautizado, casado y efectuado pláticas espirituales a los cimarrones de los palenques de María, reconoció entre ellos algunas prácticas idolátricas y supersticiosas. Es probable que el sacerdote interpretara estos ritos como idolátricos pues la tendencia de la época era a considerar las prácticas religiosas africanas como hechicería.

En estas comunidades se desarrollaron

tradiciones sincréticas que fusionaron elementos africanos, euroamericanos e indígenas, predominando una sobre otra de acuerdo con la época y el tipo de

conglomerado que se constituía. Sostuvieron constantes guerras y resistieron asedios de las autoridades a través de milicias organizadas para devastarlas. Cuando las comunidades cimarronas se hicieron peligrosas y difíciles de destruir, las sociedades coloniales no tuvieron más remedio que negociar treguas y acuerdos de paz con ellas. Sin embargo, la formación de palenques continuó a lo largo del siglo XVII y fue un problema permanente para las autoridades.

## Bibliografía

Arrázola, Roberto. Palenque Primer Pueblo Libre de América. Bogotá: Todo Impresores. 1986.

Borrego Plá, María del Carmen. Palenques de Negros en Cartagena de Indias a Fines del Siglo XVII. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos. 1973.

Díaz, Rafael Antonio. Esclavitud, Región y Ciudad. El sistema esclavista urbano-regional en Santafé de Bogotá, 1700-1750. Santa Fe de Bogotá: Centro Editorial Javeriano. 2001.

Escalante, Aquiles. "Notas sobre el palenque de San Basilio, una comunidad negra en Colombia". Divulgaciones Etnológicas. Vol III. Barranquilla. 1954.

Friedemann, Nina S. de. De Sol a Sol. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial. 1986.

Friedemann, Nina S. de y Patiño Rosselli, Carlos. Lengua y Sociedad en el Palenque de San Basilio. Bogotá: Insituto Caro y Cuervo. 1983.

Landers, Jane. "Contested Spaces, authority, and identities: A cultural analysis of the cimarrón wars in the 17th century Colombia". Ponencia. XI Congreso Colombiano de Historia. Bogotá. 2000.

McFarlane,

Anthony. "Cimarrones y palenques en Colombia: siglo XVIII. Historia y Espacio. No. 14. Cali. 1991.

Navarrete, María Cristina. Historia Social del Negro en la Colonia. Cartagena Siglo XVII. Cali: Editorial Facultad de Humanidades. 1995.

Price, Richard. Sociedades Cimarronas. México: Siglo XXI Editores. 1981.

Ruiz Rivera, Julián. "El cimarronaje en Cartagena de Indias: siglo XVII". Memoria. No. 8. Bogotá: Archivo General de la Nación. 2001.

Simón, Fray Pedro. Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales. Bogotá: Biblioteca de Autores Colombianos. 1953.

Vásquez de Espinosa, Antonio.  
Compendio y Descripción de las Indias Occidentales. Washington: Smithsonian Miscellaneous Collection. 1948.

#### Notas:

(1) Anthony McFarlane. "Cimarrones y palenques en Colombia: siglo XVIII. Historia y Espacio. No. 14. Cali. 1991. p. 76.

(2) Archivo General de la Nación. En adelante AGNB. Bogotá. Negros y Esclavos. Bolívar. fls. 13-14v.

(3) Archivo General de Indias. Sevilla. En adelante AGI. Santa Fe 213..

(4) Archivo Histórico de Cali. En adelante AHC. Libro capitular No. 1 fls. 30-30v.

(5) AHC. Libro capitular No. 1 (sin foliar)

(6) AHC. Libro capitular No. 1 fls. 110-110v.

(7) AGI. Patronato, 162, N. 1, R. 9

(8) AGI. Quito, 24, No. 36.

(9) AGNB. Negros y esclavos. Boyacá. T. II. fls. 133-167.

(10) AGI. Indiferente. 745, No. 59.

(11) Antonio Vásquez de Espinosa. Compendio y Descripción de las Indias Occidentales. Washington: Smithsonian Miscellaneous Collection. 1948. Libro 2. p. 321.

(12) Rafael Antonio Díaz. Esclavitud, Región y Ciudad. El sistema esclavista urbano-regional en Santafé de Bogotá, 1700-1750. Santa Fe de Bogotá: Centro Editorial Javeriano. 2001. pp. 52-53.

(13) Fray Pedro Simón. Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales. Bogotá: Biblioteca de Autores Colombianos. 1953, en Manuel Lucena Salmoral. "Levantamiento de esclavos en Remedios". Boletín Cultural y Bibliográfico. Bogotá: Vol V No. 9. 1962. p. 1127.

(14) Por arcabuco se entiende un área de monte tupido.

(15) Fray Pedro Simón. Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales. Bogotá: Biblioteca de Autores Colombianos. 1953. Vol. III. p. 165.

(16) Ibid. p. 173.

(17) AGI. Santa Fe, 39, R. 5, N. 57. Julián Ruiz Rivera. "El cimarronaje en Cartagena de Indias: siglo XVII". Memoria. No. 8. Bogotá: Archivo General de la Nación. 2001. pp. 20-21.

(18) AGI. Patronato. 234R.7.

(19) AGBN. Negros y esclavos. Bolívar. fls. 1-234.

(20) AGI. Santa Fe 213.

(21) Jane Landers. "Contested Spaces, authority, and identities: A cultural analysis of the cimarrón wars in the 17th century Colombia". Ponencia. XI Congreso Colombiano de Historia. Bogotá. 2000. pp. 11-12.

(22) Richard Price.

(23) Archico Histórico Nacional de Madrid. En adelante AHNM. Legajo 1609 No. 14 fls. 4v-7 (sin foliar)

(24) AHNM. Legajo 1612 No. 1 fls. 5v-7.

(25) AHNM. Legajo 1612 No. 1 fls. 24-29v.

(26) AGI. Santa Fe 213.

